



Salmo 11

EL REFUGIO DEL JUSTIFICADO
(ESTE SALMO SE ENMARCA EN EL CAPITULO 26
DEL PRIMER LIBRO DE SAMUEL)



 **Sublime
Gracia**

v.1. “En el Señor me he refugiado, ¿cómo le dirán a mi ser huye a la montaña como ave?”

Es aquí donde toma lugar cuando David se había refugiado en el rostro del Señor. En el Targúm (es una interpretación en arameo de la Biblia hebrea compilada por judíos desde finales del Segundo Templo) la primera frase de este versículo hace referencia al rostro de Dios, a un Dios corpóreo, un Dios que él podía palpar y ver.

¿Cómo podemos comprender el refugiarnos en el rostro de Dios?

El rostro de Dios lo podemos comprender como todo aquello que es visible de Él, lo que podemos contemplar gracias a que Él nos ha dado un corazón recto, haciéndonos conscientes por habernos dado arrepentimiento de nuestros pecados y luego nos purificó. Nos volvemos una expresión visible del Rey, como lo vimos en el salmo 5, y esto es porque Dios se ve a sí mismo (su obra) en cada uno de nosotros, ya que somos testimonio de que Él nos gobierna.

El refugiarnos en el Señor no nos deja idolatrarnos a nosotros mismos y nos permite ver la verdad y el bien en el otro. El mal se puede evidenciar fácilmente cuando estamos en la verdad, pero no estamos llamados a enfocarnos en el mal sino en el bien. Al ser su mirada establecida en nosotros, buscamos a Mashíaj en el otro, lo que nos ayuda a no tocar el manto de esa persona (proclamar una palabra de murmuración, hacer un señalamiento de condenación hacia el otro).

Si de pronto nos llega a pasar que tocamos el manto del otro, incluso con nuestro pensamiento, debemos correr al hermano, reconciliarnos con él y luego ir al Señor con arrepentimiento genuino a pedir perdón. Eso también es mostrar el rostro de Dios, es dar testimonio de que somos imitadores de Él. (Mateo 11:29)

V. 2: “He aquí los malos (los culpables de un juicio porque ha traspaso el límite) tienden el arco, disponen sus saetas sobre la cuerda, para asaetear en oculto a los rectos de corazón.”

Una persona que ejerce el mal es alguien que sobrepasa los límites que han sido establecidos por el Señor e incluso dentro este sistema (aquellos que no están en contra de la Palabra). Ej: pasarme un semáforo en rojo. Por ello, al ser conscientes del error no lo volvemos hacer, porque todo el tiempo queremos obedecer al Señor.

Muchos de estos errores el adversario los utiliza, para hacernos dudar de la escogencia e intentar excluirnos de la comunión con el Señor, pero no podrán, pues el Señor en (Romanos 8:35-39) nos recuerda a través de Pablo que:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Por eso como creyentes debemos estar firmes sin creer a las mentiras de Satanás. Muchas veces el enemigo puede llegar a tocar a los sacerdotes del Señor para intentar desanimarlos y golpearlos, para impedir que el propósito de Dios se haga vida. Pero nosotros no desistimos porque sabemos en quien hemos creído y en quien nos hemos refugiado.

V. 3: “¿Si los cimientos son derribados, el justificado qué podría hacer?”

Los cimientos son un conjunto de elementos estructurales cuyo propósito es distribuir y repartir la carga de lo que está arriba para que no haya daños a lo largo del tiempo. Y entendiendo esto, no podemos dejar de pensar que nuestro cimiento y fundamento es Jesús, al cual debemos venir y dejar nuestras cargas a sus pies, porque si las queremos llevar nosotros mismos, nos vamos a desplomar.

Cuando el cuerpo está reunido en completa armonía, se manifiesta el rostro de Dios porque es nuestro deber llevar al hermano a ver la obra que Dios ha hecho en su vida. Recordemos que nosotros somos su expresión aquí en la tierra. Esto lo vemos en Gálatas 6. 1-2:

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.

El Señor nos está llamando a refugiarnos en su rostro para ver y obrar desde el bien, y aunque algunos no estén diseñados para vida eterna, van a poder reconocer quien está en nosotros y quienes somos en el Señor.